441

E ...

Sept.

E.1.1

PARTY!

5.311

B. 4.11

STREET, ST.

Paul

COL

Samuel 1

作道言

fantasmas de negros sofismas? El solo lo supo, y no lo dijo jamas.

Un brusco crujido de la hoguera la despertó; abrió los ojos con asombro, y viendo al jóven arrodillado delante de ella, le preguntó en seguida:

- Cómo siguen, caballero?

Camors no sabia como decirle que desde hacia una hora su único pensamiento habia sido para ella; pero la presencia del señor Durocher en el círculo iluminado por la ho-

guera le sacó del apuro.

—Se han salvado, querida señora—dijo bruscamente el anciano,—Venid en seguida á darles un besc, y volved á casa, ó mañana tendremos que cuidar de vos. Es verdadera locura dormirse de noche en la humedad de los bosques, y este caballero ha cometido el

absurdo de no despertaros.

La jóven se apoyó riendo en el brazo del viejo Doctor; y entró con él en la choza. Los dos niños, que habí an salido ya de su siniestro letargo, pero que parecian muy aturdidos aún por la proximidad de la muerte en que habian estado, intentaron levantar sus rúbias cabecitas; pero la señora de Tecle les indicó con la mano que permaneciesen quietos; se inclinó sonriéndose, y depositó dos besos en sus pálidas frentes.

-Hasta mañana, angelitos, -dijo.

Agitada y febril, la madre lloraba y reia, siguiendo a la señora de Tecle paso a paso, hablándola y besándole la ropa.

-¡Vamos, dejadla en paz! -exclamó el viejo Doctor Durocher con energia. -¡Señora, marchaos!..¡Señor de Camors, acom-

.pañadla!

Iba á salir, cuando el zuequero, que no habia dicho nada hasta entonces, y que estaba sentado y como aturdido en un rincon de la choza, se levantó de pronto, y cogió por el brazo á la señora, que se volvió algo asustada, porque el gesto de aquel hombre era casi amenazador. Sus ardientes y secos ojos estaban fijos en ella, y continuaba estrechándole el brazo con crispada mano.

-Amigo mio.... dijo la jóven con vaci-

lacion.

—Si amigo, (balbuceó aquel hombre, con voz sorda); si, señora.... Si, amigo vuestro.... si, señora....

No pudo continuar; su boca se agitó como en una convulsion; un profundo sollozo rasgó su rudo pecho, y calló de rodillas á los pies de la jóven, derramando abundantes lágrimas.

La señora de Tecle llorabaniversidad de nuevo LEON RIBLIATECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

E)

-

Table 2011

PAST.

5.31

Lall

Treas.

-

to

Name of Street,

HICH.

-¡Llevaosla, caballero! -gritó el viejo

Camors la empujó suavemente fuera de

la choza y la siguió,

Apoyose la jóven en su brazo, y descendieron á lo hondo del valle para tomar el sendero que conducia á la casa del conde de Tecle, separada del bosque por veinte minutos de camino. La mitad habrian recorrido sin cambiar entre ellos ni una palabra, y una ó dos veces, cuando atravesaban algun rayo de luna, habia creido Camors verla eujugarse una lágrima. Guiábala con precaucion en las tinieblas, á pesar de que la obscuridad apenas retenia la ligera marcha de la jóven. Su paso agil y fugaz hollaba sin ruido las hojas caidas, evitando las desigualdades y las charcas, cual si estuviese dotada de mágica vision. Cuando se cruzaban dos senderos y parecia indeciso el señor de Camors, ella le indicaba el camino con una ligera presion en el brazo.

Sin duda á los dos molestaba el silencio, y

la señora de Tecle lo rompió,

-¡Esta noche habeis sido muy bueno, caballero!-le dijo, con voz baja y algo tem? blorosa.

-¡Os amo tanto!-contestó el jóven. Pronunció estas palabras con acento tan profundo y apasionado, que la señora de Tecle se estremeció y se detuvo en aquel mismo mismo sitio.

-¡Señor de Camors!

- ¿Qué señora? - preguntó con tono extra-

- Dios miol... ¡En último caso.... nada! Porque eso no es mas que una declaracion de amistad, segun creo, y vuestra amistad me agrada.

El jóven separó de pronto su brazo, y con

voz ronca y violenta, dijo:

-Yo no soy amigo vuestro. - Pues qué sois, caballero?

La voz de la jóven era tranquila; pero retrocedió lentamente algunos pasos, y se apoyó algo replegada en un árbol del camino.

La explosion por tanto tiempo retenida estalló al fin, y un torrente de palabras brotó de los lábios del jóven con inexplicable

fuego.

-¿Qué soy?.... No lo sé.... No sé ya si yo soy yo.... si soy bueno ó malo.... si sueño ó estoy despierto... si estoy muerto ó vivo.... ¡Ah, señora!... Lo único que sé es que quisiera que no amaneciese.... que esta noche no terminara jamas. Que quisiera sentir siempre ..., siempre .... en mi cabeza, en mi corazon, en todo mi BIBLIOTECA CERTRAL

ser, lo que siento á vuestro lado; gracias á vos y por vos. Quisiera que me hiriese una enfermedad repentina y mortal, para que me veláseis como á esos niños, para que me lloráseis, para que me sepultasen envuelto en vuestras lágrimas.....¡Y para veros allí, doblegada en el espanto, delante de mí!¡Pero esto es horrible!¡En nombre de vuestro Dios..., al que me hariais adorar..., tranquilizaos!¡Os juro que me sois sagrada!¡Os juro que un niño en brazos de su madre no está mas seguro que lo estais vos á mi lado!

-No tengo miedo, -murmuró la jóven.

—¡Oh! No..., no tengais miedo (continuó dicíendo el Conde con inflexiones de voz infinitamente dulces y tiernas.) Yo soy quien teme...; yo quien tiembla..., ya lo veis; puesto que he hablado, todo ha concluido. Nada espero ya..., nada. Sé que esta noche no tiene mañana posible... Marido vuestro..., ¡no me atreveria á serlo! Amante...., ¡no querria!... Nada os pido, ¿comprendeis? Quiero quemar mi corazon á vuestros piés, como en un altar...; esto es todo. ¿Decís que me quereis? ¿Estais tranquila? ¿Estais confiada? ¿Quereis escucharme? ¿Me permitis que os diga que vuestra imágen la llevo en el secreto eterno de mi

recuerdo?..... ¡Ah! Ignorais lo que valeis...., y temo decíroslo...., porque temo quitaros uno de vuestros encantos..., una de vuestras virtudes.... Si estuvieseis orgullosa de vos misma, como teneis derecho para estarlo, seriais menos perfecta.... y os amaria menos: pero quiero, sin embargo, deciros cuán amable sois..., cuán encantadora.... Cuando andais, cuando hablais, cuando sonreis, sois divina. Vos sois la única que lo ignora. Vos sois la única que no veis la dulce llama de vuestros grandes ojos, el reflejo de vuestra alma heróica sobre vuestra tersa y severa frente.... Vuestro encanto está.... en todo lo que haceis.... Impregnándose de él se encuentran hasta vuestros menores gestos.... Desplegais en los vulgares deberes de cada dia una gracia sagrada.... como la jóven sacerdotisa que realiza los delicados ritos de su culto: Vuestra mano, vuestro contacto, vuestro aliento, todo lo purifica... hasta las cosas mas humildes.... hasta á los seres mas indignos.... á mi el primero.... á mi que estoy asombrado por las palabras que pronuncic y por los sentimientos que me inundan.... á mi, á quien heceis comprender lo que no habia comprendido jamas.... ¡Si, todas las santas locuras de los poetas, de Chi

E ...

-

LU

MAL

1.15

O

-1

CO

to

los amantes, de los mártires; todo lo comprendo delante de vos! Esta es la verdad: si, esta es la verdad, ¡Comprendo á los que han muerto por su fé en los tormentos, porque quisiera sufrirlos y morir por vos! ... Porque creo en vos... porque os respeto... os amo.... cs adoro!

Calló temblando, y en seguida, casi postrado delante de ella, cogió el extremo del

velo y lo besó.

-¡Ahora-dijo con cierta tristeza grave:marchad, señora... he olvidado demasiádo que necesitais descansar..... ¡Perdonadme! Marchad... os seguiré de lejos hasta vuestra casa para protejeros, pero nada temais de mí.

La señora de Tecle habia escuchado sin interrumpir ni con el aliento las fogosas palabras del jóven. Tal vez oia por primera vez en su vida uno de esos cánticos de amor, uno de esos himnos abrasadores de la pasion que todas las mujeres secretamente desean escuchar antes de morir, aunque tuviesen que morir despues de escucharlo.

La jóven permaneció todavia algunos momentos sin hablar, y, al fin, como si saliese de un sueño, dejó escapar estas palabras, dulces y débiles como un suspiro:

- ¡Dios mio!

Y despues de otra pausa, avanzó por el sendero, diciendo:

-Dadme el brazo hasta casa, caballero.

Obedecióla el Conde, y continuaron marchando hacia la casa, cuyas luces vieron muy pronto. No pronunciaron ni una palabra. Solamente, al atravezar la verja, se volvió la señora de Tecle, saludándole con ligera inclinacion de cabeza.

El conde de Camors saludó lo mismo, y

se alejó.

Habia sido sincero. La pasion verdadera tiene sorpresas que rompen todos los proyectos, quebrantan toda lógica y destruyen todo cálculo. En esto consiste su grandeza y tambien su peligro. Apodérase de nosotres de repente, como el dios antiguo se apodera raba de las sibilas en el trípode, y habla por nuestra boca, pronunciando palapras que apenas comprendemos, desnaturalizando nuestros pensamientos, confundiendo nuestra razon y descubriendo nuestros secretos. Esta locura sublime nos posee, nos arrebata, nos transfigura, y hace de pronto, de un ser vulgar un poeta, de un cobarde un héroe, de un egoista un mártir, y hasta de un Don Juan un ángel de pureza.

Estos arrebatos y metamórfosis de la pa-